

sesenta noches y otros relatos

josé clavijo

Editorial de la Universidad Nacional de La Plata

Clavijo, José

Sesenta noches y otros relatos. - 1a ed. - La Plata:
Universidad Nacional de La Plata, 2009.
Internet.

ISBN 978-950-34-0583-3

1. Narrativa Argentina. 2. Relatos. 3. Cuentos. I. Título
CDD A863

Fecha de catalogación: 10/08/2009

sesenta noches y otros relatos

josé clavijo

Diagramación: Edulp

Director de colección: Juan José Burzi

Editorial de la Universidad Nacional de La Plata

Calle 47 N° 380 - La Plata (1900) - Buenos Aires - Argentina
Tel/Fax: 54-221-4273992
e-mail: editorial_unlp@yahoo.com.ar
www.unlp.edu.ar/editorial

La EDULP integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

1° edición - 2009

ISBN N° 978-950-34-0583-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

© 2009 - EDULP

Impreso en Argentina

*«Recordó que él nunca
se había querido comprar un
televisor nuevo porque así, creía,
las cosas estaban más claras: la televisión era
en blanco y negro y la vida en colores.»*

FEDERICO ESPERANTO

Esperando boca abajo

«El frío le ganaba la espalda desnuda, las piernas»

JULIO CORTÁZAR

Respiré profundamente. Me tranquilicé. Si había llegado hasta ese lugar tenía que poder salir. Me dije «Manuel, no te preocupes, calmate».

La lámpara que arrastraba había comenzado a fallar. Estaba ahí. Bajo tierra.

Jamás fui una persona muy inquieta, sí impaciente y curioso, pero esa mina había sido motivo de conversación durante años con los chicos. Así que en un acto de arrojo, estupidez, o lo que sea, decidí bajar. Ahora llevaba seis horas atrapado. Tenía una viga que me aprisionaba el pecho. Me encontraba boca abajo. Ahora si que estaba complicado.

Todavía podía conservar la tranquilidad. Se hacía cada vez más difícil pero por lo menos lo podía lograr. Sabía que cuando saliese todos se me iban a cagar de risa, pero lo que más me importaba era salir de ahí.

¿Por qué me había metido? ¿Quién carajo me había mandado a meterme ahí? ¿Se puede ser tan boludo? No iba a encontrar las respuestas por la calentura que tenía. Me sentía un completo idiota, con todas las cosas que tenía para hacer en mi vida justo tuve que elegir esta. ¿Terminarían mis días así?

Desperté al otro día en la misma posición. El dolor que tenía en el pecho ya se hacía insoportable. La lámpara se había agotado y estaba totalmente a oscuras totalmente. Sólo distinguía sombras. Igualmente no tenía mucho para ver. Piedra y tierra en todos los puntos cardinales, salvo el tirante que me aprisionaba. Debería ser jueves, había pasado muchas horas en ese lugar. También recordé que no le había dicho a nadie dónde iba a estar. Así que, nadie me estaría buscando en ese lugar. Escapar de ahí corría por mi cuenta.

Llevaba ya dos horas moviéndome, intentando liberar mi cuerpo, lo único que lograba era que cayera tierra sobre mí. Fue cuando escuché ruidos. Algo se arrastraba. Me quedé quieto y en silencio durante un largo rato, algo venía. O alguien. Grité y nadie respondió. Al rato sentí un roce en la pierna. Luego más roces. Las moví de un lado a otro desesperadamente. Me empezaron a morder por todas partes. Me encontré llorando a los gritos y moviendo mis extremidades frenéticamente. Pero no me largaban. No podía darme

cuenta qué era, pensé en cientos de animales pero no lograba distinguirlos. Mucho para pensar no tenía, me estaba desangrando. Estaba siendo devorado. Tenía la parte posterior del cuerpo en carne viva. Ni dolor sentía. Mis movimientos habían mermado. Estaba entregado.

Ella fiel y Él cornudo

*«El matrimonio es una gran institución.
Por supuesto, si te gusta vivir en una institución».*

GROUCHO MARX

Fiel como la lluvia a la nube, como el gallo a la mañana, como el frío al invierno, como el recién nacido a la teta de su madre, como el barrendero a su escoba, como *el hincha* al equipo de sus amores, fiel como el viejo a la muerte, como el cura a Dios, como el pucho cuando se está solo; no alcanzaron jamás los ejemplos y las metáforas para explicar todo lo fiel que ella era a su marido.

Pero un día, nadie se enteró, o eso creo, comenzó a hablarme distinto. Elogiaba mi vestir, mis perfumes, mis manos, mi voz, mi caminar, mi cuerpo. Algo, obviamente, había cambiado.

Sus ojos brillaban al mirarme, su voz se endulzaba, ella había cambiado y mucho. Y su marido seguía sin notarlo, ni siquiera cuando estábamos los tres juntos. Fue así como, poco a poco, él se convirtió en el hombre más cornudo que haya existido sobre la faz de la tierra.

Tenía más cuernos que un antílope yanqui, más cuernos que viajante de comercio, que el Joe Hallenbeck de Bruce Willis en *El último boy scout*, que novio de prostituta, que el periodista de *El infierno tan temido*. En el barrio comenzó a circular una frase que hasta el día de hoy se sigue usando cuando alguien engaña a su marido: «que inteligente esta chica, hasta con cara de cornudo se lo consiguió».

Poco a poco dejé de frecuentarlos, y frecuentarla. Creo que aun siguen casados y felices.

¿Y Ahora?

*«Le cinéma a été créé
comme un divertissement
pour distraire aux gens de sa folie
quotidienne».*

JEAN JACQUES TOURNIER¹

«Esto no es otra cosa que ficción».

ILONA STALLER

Un puño se estrelló contra mi rostro. Sentí cómo entraba en una gran sala oscura.

...

Dos días después desperté. Una habitación blanca, y yo en una camilla, atado. Volví a desmayarme.

...

Días más tarde, no puedo precisar cuántos, un gordo enorme me tomaba del cuello. Su cara y sus manos flotaban suspendidas como colgantes de la cuna

1. «El cine fue creado como un entretenimiento para distraer a la gente de su locura cotidiana». TOURNIER, Jean Jacques. *Histoire du cinéma français*. Éditorial Trompeur, París, 1956, pág. 986. «El cineasta y psicólogo parisino desarrolló una teoría donde demostraba la relación existente entre los postulados expresados por Sigmund Freud en *Interpretación de los sueños* y *Généalogie du cinéma parisien standard 1953-1962*».

de un niño. Dos enfermeros aparecieron en escena y lo taclearon.

...

Ahora me encontraba sentado en el rincón de una habitación luminosa. Podría jurar que era el mismo cuarto que ya había visto. Casi te puedo decir que sería el mismo hospital donde terminarían mis días.

-¿Qué recuerda?

Estoy ante una doctora (Dra. Elsa Mazun, según dice el bordado de su bolsillo), rubia y de grandes ojos celestes.

-¿Recuerda algo que pueda ayudarnos a reconstruir su vida? –vuelve a preguntarme–. Escríbame si no puede hablar. Está aquí desde hace dos meses y no sabemos absolutamente nada de usted.

Quise hablar, pero no me salió ningún vocablo. Quise recordar, y todo lo que pude reconstruir eran imágenes de un puño destrozándome la nariz. Todavía llevaba un yeso.

-Tenías el tabique roto –me informó un médico que no había aparecido en cuadro.

De la boca de la doctora salió un *No te gastes en hablarle, no ves que no entiende nada. Llévalo.*

Ahora sí que no entendía nada. ¿Qué carajo me había pasado? ¿Dónde mierda estaba?

En eso, otro enfermero me tomó del brazo y me sacó del cuarto. Me hizo caminar por un pasillo de

grandes ventanales, a la derecha, por el que entraba la luz del sol. El piso era un espejo que reflejaba imágenes. En mi cabeza daban vuelta todavía las cuatro escenas que recordaba; y todo comenzaba con el puño destrozándome la nariz. Le faltaban las letras que indican el inicio de una película. Sin letras era mi comienzo.

Cuando llegamos al final del pasillo doblamos a la derecha y seguimos caminando. La imagen era la misma: pasillo, pared blanca, piso espejado y sol.

Nos detuvimos ante una puerta que no tenía ningún tipo de cartel o inscripción. El enfermero la abrió y me hizo entrar. Todo muy cordial, hasta ahí. Un gordo se me abalanzó y me lanzó un derechazo que me dio en el medio de la cara. Caí. Golpes y más golpes sentía sobre mi cuerpo adormecido. Nuevamente me desmayé.

...

Desperté otra vez acostado. Pensé que estaba atado al no poder moverme. Alcancé a notar que no tenía ningún tipo de atadura que me inmovilizara. Pero igualmente no podía hacer ningún tipo de desplazamiento. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué se repetía la situación?

Vi acercarse a un cirujano. Detrás de él, como apóstoles, una jauría de instrumentistas, enfermeros y ayudantes.

-¿Me oís? –me preguntó una enfermera, que si hubiese estado en un cuadrito era perfecta para modelo de silencio.

Quería contestarle que sí, pensaba en decirle. Ponía todo mi esfuerzo. No había caso. No pude siquiera parpadear voluntariamente para contestarle.

-Pruebe doctor –lo alentó la enfermera.

El cirujano hizo algo que no alcancé a ver. Al rato sacó un bisturí chorreando sangre. ¡Ah la mierda! ¡Se había cortado! ¿Y éste me iba a operar a mí? ¿Qué tenía yo? ¿Para qué me iban a operar?

Pero... ¡pero la sangre era mía!

Quería llorar, sentía ganas de gritar y llorar con una furia terrible. El muy hijo de puta era a mí a quien abría y sacaba las manos manchadas en sangre.

¿Cómo había llegado ahí? ¿Qué me había pasado? Pensé en cerrar los ojos, como para volver a dormirme y despertar en otra escena. No pude siquiera acercar los párpados. Y en eso comencé a sentir el latido de mi corazón. Cada vez más fuerte. Como en esas películas donde el sonido ocupa toda la escena, tapando diálogos y todo: tutum tutum, tutum tutum, tutum tutum. El latido no me dejaba oír lo que intentaba pensar ni lo que los médicos hablaban entre ellos. Veía escenas, que yo había vivido. Gritos de mi madre. Voces conocidas y otras no tanto. Todo se fundía y se

confundía. Y en eso, interferencia. Luego silencio y sólo eso. Silencio. Un zumbido y luego más silencio. Silencio para siempre.

Solitario y final

Cuando todos comenzaron a abandonarme me di cuenta de que ya no tenía cura. Los hechos se desataron rápidamente; dolor en el brazo, médico, internación: cáncer. Al principio me la pasaba llorando: ¿Por qué a mí? ¿Y por qué no? Si hubiera acertado a la quiniela no estaría preguntándome.

¿Qué podía hacer? Encerrarme y morir en un sillón mirando televisión o intentar sobrellevarlo. Bueno, como notarán sigo vivo. Pero querrás saber cuál es el camino que tomé, no lo voy a decir todavía, no te apures. Lo importante, por lo menos para mí, es que estoy vivo, de los anexos te vas a ir enterando poco a poco.

Era 15 de agosto de ... no recuerdo bien qué año, mi musa inspiradora decidió que ya era tiempo de vivir la vida por separados, esto quiere decir que decidió dejarme, para mejorar la frase y ser un poco más exactos: decidió que yo iba a ser el que tendría que

seguir solo, ella no. Sí, me había estado engañando, y como debe ser procuré ser el último en darme cuenta.

Con mi dolor a costas empecé a visitar a amigos que había dejado de frecuentar durante mi noviazgo. A algunos de ellos no les interesó la idea de tenerme nuevamente como compañía, habrá sido porque estaba muy deprimido como para oírme, sólo quería encontrar a alguien que me escuchase y me pusiera su hombro para llorar. Por suerte di con Ana, una prostituta de 26 años a quien mientras le pagase mucho no le interesaba que hacíamos exactamente durante esa hora.

En esos meses nos encontramos en mi departamento y conversábamos. Una tarde ella me preguntó por qué no iba con un psicólogo, que hay tantos y tan buenos, le respondí que ella me resultaba más barato. Además, yo creía más en la prostitución que en la psicología.

Ana era una chica hermosa, aparentaba un poco más de esa edad, unos 32 diría yo, era alta, y de grandes curvas. Con el paso del tiempo me di cuenta de que podía aprovechar un poco más la hora, fue así como nos empezamos a ver todos los días, de tarde y de noche. Ahora sí que mi terapia comenzaba a gustarme. Pero tuve que dejarla, no me daban los costos.

Luego de estar un tiempo solo conocí a Norma, «una simpática chica» les respondía a mis amigos. Bueno, la cuestión es que Norma no era lo que yo estaba

esperando. Al segundo día de salir me invitó a su casa. «Gran noche te espera», me dije. Pero... ¡Norma era un travesti! ¿Qué podía hacer yo en ese momento, desilusionarla? Decidí que ya era suficiente con que uno esté mal como para eso sumarla a ella, fue así como salimos durante un tiempo.

Un día, muy temprano, me desperté sintiéndome muy mal. Pensé que mi vida no era lo que yo había pensado que sería, quería gritar, llorar, patalear... Norma se despertó por mis lloriqueos y me dijo que me callara. Nunca soporté que me digan qué es lo que tengo que hacer. Recuerdo que cuando era chico golpeé a un amigo salvajemente porque me había dicho que tirara centro en lugar de patear al arco.

Al no soportar su orden empecé a golpearla con furia. Norma desmayó y la creí muerta. Me fui de su casa, dejando todo así. Llevo ya un largo tiempo escapando.

Lluvia

lluvia.

(Del lat. pluv-a).

1. f. Acción de llover.

2. f. agua lluvia.

3. f. Abundancia o muchedumbre.

Lluvia de trabajos, de pedradas.

4. f. Arg., Chile y Ur. ducha (ll agua).

Los días de lluvia no eran lo mismo. De chico vivía en una casa con techos de chapa, el golpetear de las gotas de agua era inigualable. Ni siquiera las goteras y la humedad, o el agua que se colaba por todas partes, hacían que los días lluviosos fueran los que más disfrutaba.

Entrada la adolescencia nos mudamos a un departamento donde no nos enterábamos si llovía, dado que el techo quedaba muchos pisos por encima. Había que mirar por la ventana para darse cuenta, salvo los días de grandes tormentas donde las gotas, o el granizo, golpeaban con fuerza en el galpón de enfrente: los días de lluvia no eran lo mismo.

Igual yo seguía sintiendo que los días de lluvia eran los más hermosos. Para mí mis días peronistas eran los de lluvia. Disfrutaba del sol y del aire libre. Pero la lluvia era la lluvia. Quien no disfruta de la lluvia es por falta de poesía, escuché una vez.

Sesenta noches

No hace mucho, un rey dio una gran fiesta para la más hermosa de sus hijas: Esmeralda. Uno de los soldados que estaban montando guardia durante la fiesta vio pasar a la hija del rey. Ella era la más hermosa de todas, su piel era lisa, blanca, suave y él se enamoró instantáneamente. ¿Pero qué puede hacer un simple soldado al lado de la hija de un rey?, se preguntó.

Finalmente, logró encontrarse con la hija del rey, Esmeralda, y le dijo que él ya no podría seguir viviendo sin ella. No podía contener su amor.

La chica se conmovió tan profundamente con su sentimiento que le dijo al soldado: «Si puedes esperar durante sesenta días y sesenta noches bajo mi balcón, al final, me casaré con vos».

Fue entonces que el soldado se ubicó bajo el balcón de Esmeralda. Esperó un día, dos días, tres

días, después diez, después veinte, luego treinta. Cada noche, la hija del rey, Esmeralda, miraba a través de su ventana. ¡Y él jamás se movía! Bajo el sol, con lluvia, con viento, con nieve, él estaba siempre ahí, bajo el balcón. Los pájaros le cagaban la cabeza, los vecinos al verlo se reían y los mosquitos lo picaban. Pero él no se movía bajo el balcón de la hija del rey.

Al final de cincuenta noches él se había vuelto completamente seco, estaba completamente pálido, cansado, ojeroso. Las lágrimas caían de sus ojos. No tenía ni siquiera energía para poder dormir y descansar. Y durante todo ese tiempo, la hija del rey lo miraba.

Al fin llegó la noche número cincuenta y nueve. El soldado se puso de pie con las pocas energías que le quedaban, tomó su silla y se fue.

Ella

12 de febrero

Querido diario:

Mi viejo anoche hizo una fiesta: aburridísima. Encima un pesado, creo que era uno de los soldados que hacían guardia, me encaró y se puso pesado. Un embole. Que no podía vivir sin mí y no sé cuantas

cosas más. Un chiflado. Hasta de amor me habló. ¡Si me había visto una sola vez!

Insistió tanto que le dije que si podía esperar sesenta días y sesenta noches bajo mi balcón, me casaría con él. Total a mediados de marzo me voy a estudiar a la ciudad.

Esmeralda

17 de febrero

Querido diario:

Este loco lleva cinco días sentado como un gil debajo de mi balcón. Encima anoche llovió y se mojó todo.

Esmeralda

18 de febrero

Diario: Anoche salimos con las chicas. Nos divertimos un montón. El fin de semana vamos a ir al campo a andar a caballo.

Esmeralda

26 de febrero

Diario:

¡Estoy preocupadísima! El sábado tengo una fiesta y no sé qué ponerme. Estuve viendo cientos de vestidos y no hay caso. Ya encontraré algo

Esmeralda

4 de marzo

Diario:

No te imaginas lo mal que me siento. En diez días tengo que estar viajando y me pone muy mal pensar en que no voy a ver a mis hermanas hasta diciembre. Todos dicen que es para mi bien, pero ya veremos.

Esmeralda

11 de marzo

Diarito:

Se adelantó el viaje, mañana parto hacia la ciudad. Tengo una mezcla de miedos terrible. Pero ya está. Te dejo que me llama mamá. Besos.

Esmeralda

Él

Anoche me tocó hacer guardia en lo del rey. Viejo jodido, me tuvo toda la noche sin comer nada y él encima se tiró un plato de pastas encima. Me cagué de risa, pero para adentro.

En el medio de la fiesta pasó la hija menor: Esmeralda. Se parte. Un lomo impresionante. Me acerqué cuando nadie me miraba y le tire unas palabras. Parece que enganchó, obvio que tuve que usar todas mis armas, la mina no aflojaba. Creo que se me va a dar. Pero me dijo que la tenía que esperar sesenta días y sesenta noches bajo su balcón. Debe haber sacado esta boludez de algún cuento de princesas. Voy a ver qué hago. Si no arranca al tercer día me voy a la mierda.

13 de febrero

Estaba sentado debajo del balcón de esta mina y veo en la ventana de al lado a la hermana desvestirse: Rubí. No te imaginas lo buena que está, mejor que la otra.

16 de febrero

Recién no aguanté más y subí a hablar con Rubí. Ya llevo cuatro días mirándola y no pude más. Nos besamos y terminamos durmiendo juntos. A la mañana me tuve que levantar temprano para ponerme debajo del balcón de Esmeralda. Si se da voy a proponer un trío.

26 de febrero

Che loco, no sabes lo que pasó. Anoche llovió como la gran puta. Me cagué mojando. Encima Rubí no estaba. Pero estaba sentado bajo la lluvia y apareció

la reina y me hizo pasar a tomar algo caliente. Habrá pensado que estaba de guardia. Bueno, una cosa llevó a la otra y, aprovechando que el Rey no estaba, terminamos durmiendo juntos. De diez.

6 de marzo

Estos días los pasé espectacular. Me paso de cuarto en cuarto entre el de la reina y el de Rubí. Son impresionantes.

11 de marzo

A la tarde casi me encuentra la reina en el pasillo mientras me besaba con la cocinera. Zafé justito. Le dije: «que tal buenas tardes su majestad, estaba yendo a comer algo». Ni cuenta se dio.

16 de marzo

Después de tener sexo con la cocinera en la despensa subí a ver si estaba la reina y me encontré a Rubí que estaba con su prima: la pase de primera con las dos.

25 de marzo

No te imaginas como la pasé anoche. Me fui a una fiesta con Rubí, bailamos y tomamos toda la noche.

Llegamos al castillo y estuvimos encerrados en la habitación hasta las nueve de la mañana. Cuando estaba saliendo me encuentro con la reina que me llevó a su cuarto. Me dijo que le Rey iba a llegar en una semana. Avisó que estaba enferma y que nadie la molestase. Estuvimos dos días encerrados.

1 de abril

Antes de anoche llegó el Rey. Hoy me hizo llamar. Ya preparé todo, me voy al campo con mis viejos, para mí este tipo se enteró.

La botella de la carta

«Muchacho, el pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio.

El pueblo es una gran memoria colectiva que recuerda todo lo que parece muerto en el olvido.

Hay que buscar esas botellas y refrescar esa memoria».

LEOPOLDO MARECHAL

Era uno de esos días de enero en que ocurren las cosas. Estaba yo acostado sobre la arena, bronceando mi espalda, cuando vi que algo brillaba sobre las calmas aguas del mar. No pensé que fuese algo interesante, en realidad no pensé en nada, solo veía ese objeto brillar.

Me levanté y acerqué a la orilla. No era ni más ni menos que una botella, pero estaba tapada con un corcho y tenía un papel en su interior. Recordé al instante las cientos de historias acerca de naufragos que me contaba mi vieja para hacerme dormir, y las cientos de películas de sábado por la tarde que pasaban en la tele.

Salí del agua pero ya con la botella en mi mano. No sabía cómo sacar el corcho, bah, saber sabía, lo que pasa es que es muy difícil que alguien lleve un

sacacorchos a la playa. Busqué a mi alrededor algo, un alambre, una punta. Algo con qué liberar el manuscrito de la botella. Vi una piedra y rompí la botella en mil pedazos, una astilla me lastimó el pie. Con el papel en mis manos me sumergí en la lectura.

La carta había sido escrita muchos años atrás, en la primavera de 1968.

Espero que esta carta llegue hasta Abril Roshespin, residente de Cartagena, Colombia. Estoy varado en una solitaria isla del Caribe y tengo la esperanza que próximamente vengan a rescatarme. Llevo cerca de un mes y no he visto señales de vida alguna.

Abril no te aflijas porque todavía no llegué, ten fe, eres lo que me da fuerzas, tengo esperanzas porque sé que estás esperándome.

Espérame el 20 de marzo en el bar en donde nos conocimos, estaré allí.

CARLOS MOLINA

No podía salir de mi asombro, mi cabeza no dejaba de pensar en esa pareja, en ese hombre en la isla ¿lo habrán rescatado? Casi cuarenta años desde la carta. ¿No será una broma?, pensé.

Ni bien volví de las vacaciones comencé a averiguar qué era de la vida de Abril Roshespin. Quería entregarle a esa mujer la carta. Pero al fin y al cabo quedó entre mis papeles. Desistí de la búsqueda, en la guía de Colombia no había nada, ni tampoco Internet me pudo ayudar.

Pasó el tiempo y me olvidé por completo del manuscrito que hallé en la botella esa tarde de julio, hasta que el diario me envió a realizar una cobertura sobre secuestros y asesinatos de mujeres, cosa que se había hecho muy frecuente. Antes de salir rumbo a la tierra de García Márquez tomé de entre mis papeles la carta, creía que esta vez sí podría encontrarla.

Luego de unos días donde me dediqué solamente a entrevistar a familiares y conocidos de las mujeres secuestradas, y de haber cumplido con todo lo que me pidió el diario. Entonces me quedaba una semana para poder conocer un poco Colombia. Alquilé un auto y recorrí los cien kilómetros que separan Barranquilla de Cartagena.

Preguntando por aquí y por allá me indicaron que buscara en la librería Mundo o en los cafés vecinos, donde se juntaban a escribir y leer escritores, a conspirar políticos y a llorar hombres y mujeres. Y me advirtieron: «Vaya con cuidado porque son locos de remate». Fue ahí donde me enteré que Abril Roshespin

había muerto una década atrás y que dejó de herencia dos hijas: Abril y Leonor.

Las encontré, me reuní con ellas y les comenté del porqué de mi visita. Ellas no se mostraron muy sorprendidas por mi historia, cosa que me llamó la atención, pero poco me importaba, lo único que yo quería era saber que había sido de ella. Abril era la más bella de las dos, aunque eso no significaba que Leonor fuese fea, todo lo contrario, eran las dos muy hermosas.

Abril contó que su madre les había comentado la historia de amor que había mantenido con Molina, además, poco después de morir encontraron cartas que ella había escrito para él.

Les pregunté si sabían de algún café que fuese significativo para ella. Al principio les pareció rara la pregunta, ya que todavía no les había mostrado el manuscrito, y la primera respuesta que esbozaron fue un no rotundo, pero Leonor recordó que su madre nunca había querido ir al bar «Pampa», sin saber el porqué de su negativa. Terminó la charla y me fui sin mostrarles la carta, debió haber sido un recelo de periodista.

Me di cuenta de que en una semana sería 20 de marzo, y entonces decidí quedarme para ver qué sentía yendo a ese lugar en fecha tan significativa. La semana

pasó sin muchos pesares, en la mañana del 20 me levanté más temprano que de costumbre. Fui hacia el bar «Pampa», sabiendo que no iba a encontrar nada allí, solo el escenario de una obra que nunca se estrenó.

El Pampa, era un bar como muchos, oscuro y de mesas oscuras. Un muchacho se me acercó y me preguntó qué iba a tomar.

-Un café está bien.

- Una empanadita, una arepita, unos huevitos: mire que no es bueno el café en ayunas «me dice el mozo.

-No gracias, sólo el café.

Miraba a cada uno que entraba, buscando algo. En el lugar había sólo tres mesas ocupadas, una por una pareja de extranjeros, otra por un chico que no tenía más de 30 años, y en la tercera mesa, la más alejada de mí, había un hombre mayor, vestido de domingo. *¿Será él?* me pregunté.

Las próximas dos horas me las pasé mirándolo. Su cara era agrietada, su pelo negro. Pero yo no me animaba a encararlo, no me animaba a decirle que a quien esperaba no vendría, nunca llegaría. No sé cómo fue pero tomé coraje, me levanté de mi sitio y me paré a su lado. Él me miró con cara de resignación.

-¿Carlos Molina? «le pregunté.

-Sí, no me diga, ya sé todo.

-Pero... ¿cómo?

No se preocupe por mí, ni yo ya me preocupo. Espero por lo menos que la muerte no me falle a esta cita, ya no tengo nada más que esperar.

Me alejé de ese cadáver, pagué mi cuenta y salí del bar. Yo ya no tenía nada más que hacer ahí.

Los eternos amantes

Llovía como la gran puta y un trueno lo despertó antes de que sonara el reloj. Miró que ella tuviera los ojos cerrados y se levantó a revisar que no entre agua por las puertas y ventanas. Al pasar por el estudio escuchó al reloj dar las seis. Fue hacia la cocina y preparó el desayuno, como todas las mañanas desde hacía ocho años. Luego, como un ritual que repetía cada mañana desde el accidente, llenó la bañera con agua tibia, echó sales como le gustaba y sacó del mueble dos toallones blancos. Entró en la alcoba para despertarla con un beso y la llevó hasta el baño, donde la ayudó a lavarse.

Luego se sentaron los dos juntos a desayunar y leer el diario hasta las siete y treinta. La llevó hasta el sillón frente al televisor, la besó en la frente y salió hacia la oficina.

...

A las trece y treinta emprendió el camino de vuelta a casa. Sacó de su bolsillo la llave, la introdujo lentamente en el cerrojo, dio dos vueltas a la izquierda y abrió la puerta. El ambiente estaba pesado y un olor nauseabundo salió por la puerta recién abierta pero, como ocurría todos los días, no tardó mucho en acostumbrarse.

Ella todavía se encontraba en el sillón frente al televisor.

Él la besó, y mientras le contaba cómo había sido su día, preparó el almuerzo. Parecían dos enamorados a la luz de las velas. Sin duda una pareja para envidiar.

Igual creo que a nadie le gustaría vivir junto a un cadáver, como lo hacía él desde el accidente.

Un día de Jefe

De todos los empleados Nicola era el más correcto. El primero en llegar y el último en irse. No faltó un solo día en los 25 años que llevaba trabajando para el Estado, nunca discutió con un jefe ni con sus compañeros. Muchos lo llamaban «el empleado ejemplar» y otros «el boludo».

Se levantaba de lunes a viernes a las cuatro de la mañana. Se afeitaba y bañaba mientras Elsa, su esposa, la de la larga cabellera rubia y de grandes ojos celestes, planchaba la única camisa celeste que usaba día a día. Luego desayunaban juntos. Estela, la de la larga cabellera, lo acompañaba caminando hasta la esquina, donde Nicola tomaba el colectivo y se iba a trabajar. Ella quedaba en la oscura esquina, casi oculta, con el mate vacío, mirando cómo Nicola se iba.

Cuando Nicola Scalisse llegaba al trabajo, ya eran las siete y cuarto de la mañana. Atrás había quedado su mujer con el mate y una hora y media de viaje en micro compartido con una veintena de personas que dejaban en la esquina a sus esposas, y sus mates vacíos.

En la textil, donde sudaba diariamente, lo quería todo el mundo. Era difícil que «*el tano*», tuviera enemigos. Pero eso no iba a impedir que le hicieran la broma más pesada de la que se tenga memoria. No era rencor o maldad, broma por la broma misma.

Para pasar el tiempo los empleados hacían bromas, pero nunca una tuvo tanta repercusión como la que le hicieron a Nicola. Hoy, después de veinte años de haber ocurrido, todavía se comenta y muchos se preguntan qué será del *Tano*.

El sordo Manzo era muy conocido por las bromas pesadas que hacía. Desde entintar los picaportes, poner espuelas de papel en los zapatos al que estuviera conversando cerca de él, llenar los bolsillos de agua y un gran etcétera. Nunca se pudo saber exactamente quién o quiénes fueron los que idearon la broma a Nicola, pero todos sospecharon del Sordo, que negó todo y lo sigue haciendo después de tantos años.

Ese 24 de abril había comenzado igual que todos los días que lo precedieron y nada hacía suponer que sería muy distinto de los que vendrían.

Una noticia corrió rápidamente por el taller: había renunciado el gobernador y se esperaba un pronto cambio de director en la textil. Mil y una conjeturas se tejieron antes del almuerzo. En el turno de la mañana, donde trabajaba Nicola, se empezaron a escuchar cientos de nombres de futuros directores. Pero ninguno era confirmado, pero tampoco desmentido.

A las 11 y 25, hora recordada por muchas personas, sonó el teléfono. Era para Nicola Scalisse. Al atender, su cara se transformó en segundos. Pasó del asombro inicial a la alegría contenida. Le estaban informando que tenía una hora para despedirse de sus compañeros y presentarse para tomar su nuevo cargo: sería director.

Ni bien colgó el tubo del teléfono le comunicó la noticia a sus compañeros más próximos que hicieron lo mismo y la novedad llegó hasta el más mínimo rincón del taller. No hubo resma de papel que no se enterara que Nicola Scalisse iba a ser el nuevo director. Junto con la nueva noticia también corrió otra, era todo una broma muy bien pensada.

Ni bien notificó la novedad a todos, Nicola llamó a su mujer y le hizo preparar una cena para todos sus amigos. Colgó nuevamente el teléfono y se acercó al rengo Cristori.

- Vos a partir de mañana sos el jefe de este departamento – le dijo en un destello de autoridad.

- Y vos... -gritó dirigiéndose al gordo Carrasco-
andá consiguiéndote el pase a otro lugar, porque te voy a hacer la vida imposible gordo de mierda.

El gordo atinó a levantarse y cagarlo a trompadas, pero prefirió quedarse sentado con mirada adusta y recordar el dicho más repetido por su viejo: «el que ríe último...».

Todavía no habían sido las dos de la tarde que Nicola ya había echado a tres empleados, retado a otros quince y sancionado por estar desalineados a veinte más. No sin antes haber mandado a redecorar su nuevo despacho.

A las 3 de la tarde algunos ya lo saludaban diciéndole «adiós mi director», «buen día director», «buenas tardes director», y cientos de frases por el estilo a las que *el tano*, perdón, el Director contestaba con un gesto calcado de alguna película sobre la mafia.

Al no tener noticias de su nuevo cargo hizo que su secretario se comunicara con sus superiores para estar un poco más informado.

Nadie supo bien cuál fue la cara que puso cuando se enteró de la verdad, ni si largó una puteada al aire, o algo por el estilo, el único que lo vio salir fue su

secretario, el Sordo, uno de los que atesora el hecho de haber visto a Nicola salir tapándose la cara con un diario. Desapareció. Se fue corriendo. Cómo habrá sido su apuro que ni tarjeta marcó, y justo ese día que se había quedado hasta tarde. Nadie más lo vio.

El secuestro

Era uno de esos días en que lo único que le importaba era saber si la manteca estaba bien desparramada por sobre la tostada.

Se sentó frente al televisor apagado y llamó a gritos varias veces a su hijo, pero sin recibir respuesta. Estaba por subir a su cuarto cuando sonó su teléfono celular. «cosa rara a esta hora de la mañana». Iba a dejar que atienda su contestador, pero por intriga decidió hacerlo él.

Una voz, que sonaba metálica, le decía con tono imperativo que ya recibiría más detalles, pero que mientras tanto, sólo se dedicara a juntar varios millones si quería ver vivos a su mujer e hijo.

Pensó que se trataba de una broma de mal gusto, pero ni su hijo ni su mujer estaban en sus habitaciones.

Inmediatamente llamó a la policía para denunciar el múltiple secuestro.

-Hubo un secuestro, y les ordeno que no vuelvan si no traen algún dato de los secuestradores- esas fueron las primeras palabras del comisario Gorgori hacia sus subordinados al recibir el llamado del empresario Maite.

Pasada una semana del secuestro la policía no tenía ningún dato concreto de dónde estaban la mujer y el hijo del empresario, eso sí, habían encarcelado a siete sospechosos que luego tuvieron que liberar, todos con coartadas perfectas.

Ante esto Maite contrató a un detective privado, uno de los más prestigiosos, que se encargaría por su cuenta de llevar adelante la investigación.

La primera conjetura que planteó el detective fue que había que considerar la posibilidad de no volver a ver a su hijo y mujer con vida, esa fue la frase que lo convenció de no pagar el rescate, aunque el detective se opuso en todo momento.

A los pocos días el empresario recibió un llamado en donde le indicaban qué era lo que tenía que hacer para encontrar con vida a su familia, pero Maite apenas reconoció que era la voz del secuestrador empezó a insultarlo y a propinarle una amenaza tras otra mientras le decía que cuando tenga la oportunidad él mismo se

encargaría de matarlo, y siguió con los insultos, pero del otro lado de la línea ya no había nadie, el secuestrador ya había cortado.

Tanto el prestigioso detective como la vapuleada y desprestigiada policía nunca dieron ni con los secuestradores, ni con los familiares de Maite. Pero hoy, luego de tres años del secuestro, el empresario sigue recibiendo todos los veinte de mes, día del secuestro, un dedo, una oreja u otra parte del cuerpo de su mujer e hijo. Disculpen que interrumpa el cuento aquí, pero es que debo ir al correo a hacer una entrega a la casa de un amigo.

El libro

«Mírela bien. Ya no la verá nunca más»

GEORGE BLUMM

*«Afirmar que es verídico es ahora
una convención de todo relato fantástico»*

M. J. WAKEP

Llevaba sólo una semana trabajando en ese lugar. Una tarde de abril, al verse solo, la curiosidad lo atrapó. A mano derecha del vestíbulo bajó una escalera curva que se hundía en el sótano. Unos tragaluzes sucios dejaban entrar rayos de luz, que junto con el polvillo que se desplazaba en el ambiente dibujaban líneas casi perfectas sobre el piso de madera oscuro y opaco, a ambos lados había cientos de húmedos anaqueles con sus estantes atestados de miles de libros, periódicos y mapas.

De todos los ejemplares sólo brillaba uno, o por lo menos le pareció. Era un volumen en octavo, encuadernado en tela, que sin dudas había pasado por muchas manos ya que parecía desgastado por el tiempo.

Lo sorprendente era su peso desmedido. En el lomo se leía claramente Holy Writ y abajo Bombay. El dorso estaba numerado con ocho cifras: 48.151.623. Llevaba una pequeña ilustración de un ancla y el número 42. Lo abrió a la mitad, sin prestar mucha atención dónde exactamente. Las hojas, amarillas por el tiempo, estaban impresas a dos columnas, sin ningún tipo de grabado. El número de las páginas era incoherente, no correspondían el de la derecha con el de la izquierda. Leyó sobre la muerte, fuera de su país natal, de un escritor ciego al que no se nombraba, pero al volver unas páginas hacia la izquierda cambiaba de tema: guerras, batallas, victorias y derrotas. El libro monstruoso lo perturbó.

Pensó en llevarlo, pero sin darle mucho valor, pero confundido, decidió ponerlo en las viejas repisas junto a un ejemplar de Las Mil y Una Noches.

Salió de la oscura habitación, cerró la puerta, subió las escaleras, pasó por el vestíbulo y caminó, alejándose del lugar y regresando a su trabajo.

La barra

*«Corro por las galerías de
piedra hasta rodar al suelo, mareado»
Asterión (puse may. En la C fijate)*

El águila

Me separan. Me tiro. Me derrieto.

Qué será lo que piensa una barra de chocolate antes de ser submarino: «¿de la leche venimos, hacia la leche vamos?».

Boludeces que se me ocurren sentado a la mesa de un bar, mientras escribo y sueño.

Yo

- Un submarino -titubeo ante el mozo que se me acerca con cara de tener más enemigos que amigos.

El bar es oscuro y triste. Elijo una mesa ubicada en una esquina del salón, para sentirme observador de la escena y no partícipe.

El aroma a granos de café quemándose se adueña del ambiente mientras recuerdo un documental que

pasaron en el cable, donde explicaban el proceso del café «desde la naturaleza a su mesa», olvidando los esclavos que trabajan para poder lograr un americano, capuchino o un cortado. También una lágrima.

Afuera la gente corre intentando escapar de la lluvia que también está más adelante. Acaricio la rugosa madera de la mesa, las impurezas del material bajo la yema de mis dedos. Una astilla rasga mi piel, limpio la sangre con la servilleta de papel. Y el submarino que no llega.

Busco con la mirada al mozo, con la intención de apurar mi pedido. El televisor mudo que flota muestra cómo sacan del agua a los cadáveres de los tripulantes rusos que se ahogaron dentro de un submarino. Yo ya no tengo ganas de tomar el mío.

El mozo, que no lee la mente y carece de percepción, me trae el submarino, que encalla sobre mi mesa.

Tomo la fría barra con mis dedos y la dejo caer dentro de la leche caliente. No cae, es como si se arrojase gustosa hacia su fin. Lentamente revuelvo con la cuchara el contenido de mi taza opaca. Tomo un sorbo que me ampolla el paladar y recuerdo a mi abuelo cuando nos ponía un hielo en la sopa para que se enfríe. Pago la cuenta y salgo a caminar bajo la lluvia.

MB

Héctor callaba.

balbuceó Héctor.

¿Bailar? replicó Eva.

Eva estaba en bata de casa. Eva sonrió.

continuó Eva.

repetía Eva.

Eva se estremeció.

Eva vaciló:

Rico.

Estaba sola. Eva se paró.

¡Eva! ¡Eva!

¡Oh, Rodolfo!... Era Rodolfo. Eva se estremeció.

Eva estaba sofocada.

¡Eva!... ¡Mujer!, ¡mujer! gritó Héctor.

Eva se paró.

¡Señor!... Eva no llegaba. dijo Eva.

Eva no comprendía. Del señor Guilligham.

Eva se estremeció.

Héctor acudía.

Eva lo detuvo.

Señor empezó Eva , yo quisiera pedirle...

¿Qué, señora? Dígame.

Era seguro. Eva salió. Eva había vuelto.

Era arsénico.

Era preciso, querido.

Era el señor Jo-mis. Héctor aceptó.

FIN

(SIN TÍTULO)

«... cuando abrió los ojos vio la figura ensangrentada del sacrificador que venía hacia él con el cuchillo de piedra en la mano»

El cuarto lo aburría. Lo agotaba. Ya no sabía qué hacer. No podía distinguir entre lo real y lo ficticio.

Cuatro paredes, 930 baldosas, 427 manchas en las paredes con diversas formas: un reloj, un tanque de guerra, avión, caimán, nubes y cientos de figuras más.

Ya no sabía qué contar, cómo pasar el tiempo en ese horrible laberinto para idiotas. Cuando entró se dio cuenta que la única forma de salir cuerdo de ese lugar era no estar ahí. Y así lo hizo.

Él no estaba en ese cuarto. No vivía esa historia. Era un piloto de carreras que vivía al extremo todos los días. Entrenamientos, carreras, viajes, fiestas. Era un hombre famoso. Tapa y contratapa de todas las revistas. Ganaba millones, y millones gastaba en fiestas y mujeres.

Fue en una de esas fiestas cuando se enteró que correría en La Pista. La idea mucho no le gustaba. Le asustaba el hecho de no conocer el lugar.

El día de la carrera se despertó más temprano que de costumbre. Desayunó y fue a recorrer la pista. Intuyó lo que estaba por pasar.

A la hora de largar ya se encontraba sentado sobre el bolido que ronroneaba. Su corazón latía con fuerza. Vio la luz verde, aceleró.

En pocos segundos estaba primero. Ya nadie lo podía alcanzar. Estaba solo. Su corazón latía con insistente fuerza. El viento sobre su cara. Se sintió observado.

El filo de la guillotina paró rápidamente la carrera. Fue como dormirse de golpe.

Un sueño de diez

La casa era antigua. Desde afuera era como la que custodiaba el Norman de Hitchcock. Lúgubre, oscura. Sacada de una historia de terror como las que contaba mi abuelo. La había imaginado tantas veces, la había visto en mi cabeza en más de una historia, que hasta me era familiar.

Pero entre la niebla yo entraba y recorría cuarto a cuarto buscando algo. Y encima lo encontraba.

En la habitación más luminosa de la antigua edificación resaltaba entre todos los objetos. Era el tesoro que todos quisieran tener. ¡un video con el gol de Maradona a los ingleses!

Lo tomé entre mis manos y lo observé una y otra vez, y mi sueño se cortó abruptamente en ese instante. Exaltado busqué mi despertador para ver la hora. Tres

y media de la mañana. No pude volver a pegar las pestañas en lo que quedaba de la noche.

A los dos días me encontré con un amigo que me contó un sueño. Era exactamente lo mismo: el video, el Diego, la casa, pero la casa de su sueño era la mía.

Me dio detalles de cada rincón, cada escondite, cada espacio que correspondía a mi casa, y el lugar en el cual encontraría el video con las imágenes inhallables. Me insistía en que lo buscara. Pero ante mi negativa y mi incredulidad no volvió a mencionar el tema en lo que quedó de la charla.

A la noche, ya de vuelta en casa, fui hasta donde me dijo que estaba, y...

Llevo ya dos días seguidos viendo ese gol inigualable. Imágenes que ya se encuentran azules de tanto visualizarlas. Diego parece mi viejo de tan gastada que esta la película. Pero sigue siendo única, y único.

El anillo

Marlon salió corriendo de la relojería con el brazo izquierdo ensangrentado y dos dedos de mujer en su mano derecha.

Pero no todo el día había sido así. Se levantó a las siete y media, desayunó con Claudia, su mujer, y sus dos hijos: Marco y Estela. Los llevó al colegio que quedaba a dos cuadras de su casa y fue a verlo a Fustior.

Ya en la casa de Fustior se prepararon, llevaban una semana arreglando ese caso, y salieron los dos en auto en dirección a la ciudad de La Plata.

Marlon pensó durante el viaje que no se tenía que olvidar que a las cinco tenía que ir a buscar a los chicos: Marco salía de fútbol y Estela de hockey sobre césped media hora más tarde, y además, hacer las compras en el supermercado para preparar la cena: Claudia tenía guardia. También debía comprarle un regalo a su mujer

para el *Día de la Madre*, el bolso del año pasado no había tenido mucha aceptación ni por ella ni por los chicos, que aún le recordaban la pésima elección.

Una vez que bajaron de la Autopista tomaron calle treinta y dos hasta siete y de ahí por siete hasta cuarenta y ocho. Era media mañana y había pocos autos en el centro platense. Fustior paró, encendió las balizas, y se quedó en el auto con el motor en marcha. Marlon le dijo que lo espere dos minutos que ya venía. Entró a la joyería mientras sacaba de entre sus ropas una pistola FiveseveN Tactical («ergonómica, ligera y fácil de maniobrar» decía en Internet) y apuntó a la cabeza del hombre que atendía. En el local había tres personas: dos de aquel lado del mostrador y una clienta con cara de pánico, de este lado.

Ni bien lo vio se quedó helado. Era ese anillo el que necesitaba. A su mujer le iba a encantar. Levantó la vista y vio cómo la clienta escondía su mano al ver su interés por el anillo que llevaba puesto. La tomó del pelo y le gritó cosas irreproducibles.

Su ritmo cardíaco se aceleraba. Lo único que escuchaba era el latir de su corazón, que le movía todo el pecho. Fue en ese instante que se dio cuenta que le habían disparado en el brazo izquierdo. Siguió entender que estaba pasando pero vio que el dueño tenía un arma en su mano. Le disparó sin pensarlo, cayó sobre

la vitrina de relojes, que no se rompió a pesar del peso del viejo.

Movió su cabeza y vio a la clienta llorando, con el regalo de su esposa todavía en la mano. Le gritó que se lo saque mientras puteaba a la vendedora para que llene el bolso con relojes, anillos, cadenas, crucifijos y dinero: «todo lo que tengas si no querés terminar como el viejo». La clienta lloraba mientras le decía que no podía sacárselo, que de los nervios se le había hinchado la mano.

Marlon sin pensarlo le tomó la mano y le disparó arrancándole dos dedos que cayeron a dos metros de donde él estaba. Tomó el bolso, los dedos anular y corazón y salió corriendo del local. Habían pasado los dos minutos y Fustior todavía lo esperaba en el auto. Le dijo que se apurase en volver que Marco salía del colegio y lo debía llevar a fútbol.

Jazz

Escena 1

Dante camina en un callejón oscuro bajo la lluvia. Fuma un Marlboro. Unforgettable de Johnny Hartman suena de fondo. Camina durante seis cuerdas en silencio. Sólo se oye la música y sus pasos. Llega a la puerta de un edificio, saca una llave sin llavero y abre la puerta.

Escena 2

Un departamento oscuro, con luces lúgubres que ambientan la escena. Vuelve a encender un cigarrillo. Se sienta en un sillón a escuchar a Little Jimmy Scott, fumar y leer. En la tapa del libro dice Gramática Castellana.

-¿Por qué la vida es tragedia y no comedia? Cuánto se ha escrito sobre el tema. Como decía Shakespeare, para qué sufrir, si suicidándose uno acababa con ese dolor y respondía en el mismo

monólogo a la misma pregunta. Por el miedo. Esta es una historia que habla del miedo.

*Suena el timbre del teléfono...RIIIIIIIIIINGG
GGGGGGGRINNNNNNNNNNNNNNNGRINNNNNNNNNNN
NNNNG.*

Roberto: ¡Hola! Ah, sí, él habla. Sí, sí... cómo no. ¿Cuándo? No, mañana a las diez. Anote, Cerrito 1789. Sea puntual. Hasta mañana.

-¡Pará ahí!

-¿Qué pasa?

-Es una bosta, me aburre.

-¿Tan mala es?

-Mirá, cuando me dijiste que tenías una obra de teatro pensé en otra cosa, minas en bolas, tipo teatro de revistas. Esto aburre.

-Es arte boludo.

-¿Qué arte? Arte es un cuadro, y esto de cuadro no tiene un carajo. Es aburrido, no me leas más.

-Pero la concha tuya, no tenés ni idea de qué es arte.

-Querés saber qué es arte. Hoy cuando venía para acá me crucé con una morocha, que tenía una remerita casi transparente, un pantalón que mostraba todo, unos ojos que mataban, caminaba que parecía un desfile. Eso es arte. Es más, era un *puema*. Te aseguro que sé lo que es arte y esto no lo es.

-Ves que sos un boludo. Qué pajero.

-No bolas. En serio te digo, tu obra aburre. Podrías escribir un cuento humorístico. Algo distinto.

A ver pasame: «*Dante camina en un callejón oscuro bajo la lluvia. Fuma un Marlboro. Unforgettable de Johnny Hartman suena de fondo. Camina durante seis cuerdas en silencio. Sólo se oye la música y sus pasos*», es muy melancólico. Si tenés pensado vivir de esto dedícate a escribir cosas que se vendan.

-No, me niego. Me vine acá para dedicarme a escribir porque me había cansado de todo y vos me pedís que escriba boludeces.

-No son boludeces Darío. Escribí cosas que te hagan sobrevivir, si querés bajo un seudónimo, y otras cosas interesantes bajo tu nombre real. Como hacía Woody Allen en esa película que vimos la otra vez... ¿cómo se llamaba?

-Qué sé yo. La concha de tu hermana se llamaba. Quizá no tendría que haber dejado de laburar. Hace tiempo que no encuentro mi voz.

-Qué voz boludo. Sabés cuánto hace que escucho eso. Ves un albañil diciendo: «patrón, no puedo seguir esa pared porque no encuentro mi voz». Dejate de pelotudeces y sentate a escribir. No va a salir solo. Lee y escribí muchas horas.

-Bueno, está bien. ¿Te leo otros proyectos que tengo?

-Dale, pero con más minas y menos lluvia y jazz.

Índice

Esperando boca abajo	7
Ella fiel y Él cornudo	10
¿Y Ahora?	12
Solitario y final	17
Lluvia	20
Sesenta noches	22
La botella de la carta	29
Los eternos amantes	35
Un día de Jefe	37
El secuestro	42
El libro	45
La barra	47
MB	49
(SIN TÍTULO)	51
Un sueño de diez	53
El anillo	55
Jazz58	

